

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II—TOMO II

San Salvador, Domingo 24 de Setiembre de 1882.

SERIE VI—N. 69

La historia vindicada.

En 1875 publicó en Paris Mr. Carlos Barthélemy un libro bastante erudito y de notoria sensación, con el título de ERRORES Y MENTIRAS HISTÓRICOS.

Este sabio escritor, entusiasta por el triunfo de la verdad, se propuso vindicarla de todos los ataques que se la dirigen en falsas narraciones históricas, y purgarla de todos los errores, fábulas y mentiras, con que la lijeraza de juicio y una crítica apasionada ó poco circunspecta, la habian desfigurado.

No es decible cuanto ha contribuido el libro de Mr. Barthélemy á la rectificación de la verdad histórica, ni hay palabras con qué recomendar lo bastante su lectura á los amantes del saber y de las letras.

“Dios, dice Mr. Barthélemy en su Prefacio, ha permitido que el error y la mentira tuviesen su tiempo; pero por más largo que nos parezca ser este tiempo, no es á sus ojos mayor que el que separa el día de hoy del día de mañana. La noche desaparece y se borra, la aurora renace, y con ella el día brilla, consuela, regocija y, sobre todo, fortifica los cuerpos, los espíritus y los corazones.”

¡Cómo son altamente consoladoras para los sinceros amantes de la verdad y de la ciencia, estas notables palabras del sabio crítico francés! El tiempo del error, de la mentira y del engaño, pasa y vá desapareciendo. Merced á los esfuerzos de la crítica, y á los sólidos razonamientos de una filosofía imparcial, que nada admite sin pruebas, y que todo lo somete á su investigador examen, las fábulas, que tal vez por siglos enteros habian mantenido preocupados los ánimos, y extraviado el recto juicio de las cosas y de los hechos, se esconden y ocultan para siempre en las sombras tenebrosas del olvido.

Renace la aurora de ese brillante día del progreso, con nuevos y más fecundos gérmenes, con mayores y más variados elementos de animación y de vida, desarrollados por la fuerza de la observación y del análisis, en el vasto campo de la humana inteligencia. Las ciencias todas han recibido grande ensanche de ese cultivo del espíritu, y, bajo la influencia poderosa de las multiplicadas direcciones comunicadas al pensamiento y á la idea, otras nuevas ciencias han brotado de su mismo desarrollo y perfección.

Hoy se examina y analiza la verdad en todas sus fases, se la vé en todos sus aspectos, se la observa en todos sus resultados, se la persigue hasta en sus más remotas consecuencias. Ya no se cree fácilmente en la palabra de otro, ni en la autoridad ajena: es solo la fuerza de la verdad demostrada, quien tiene derecho para arrancar las convicciones del alma y las per-

suasiones del corazón. *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

El error podrá sentarse al lado de la verdad, reclamar sus fueros, demandar sus privilegios; pero carece de autoridad en la conciencia del hombre recto y bien intencionado, y solo la pasión y el interés pueden garantizarle una posesión momentánea: muy pronto puede ser descubierto, cualesquiera que sean las formas que reviste, para ser desalojado del puesto que ocupa y que indebidamente retiene.

Las épocas de transición en la historia del progreso, son como las épocas de las grandes evoluciones geológicas del globo, como los momentos de la fecundación germinal de los seres vivientes. La disolución de viejos elementos para la reconstrucción de otros nuevos, causa choques, movimientos y trastornos, que no por verificarse á la sombra del misterio, dejan de producir las maravillas de la inteligencia, de la naturaleza y de la vida.

Hoy parece que se han dado cita todos los sistemas, todas las teorías, todas las hipótesis, que el humano entendimiento ha podido discurrir, para explicar el análisis del pensamiento y los misterios de la ciencia, sin que nuestro siglo pueda gloriarse de haber inventado uno enteramente nuevo, y que no cuente con precedentes históricos en los siglos anteriores. Y esa amalgama, esa unión de elementos, en apariencia contradictorios, pero en el fondo enlazados con vínculos y relaciones admirables, es lo que hace resplandecer en nuestros tiempos la luz brillante del progreso humano, en medio del caos fecundo de la lucha, de la contradicción y de la duda.

La historia no debe ser una excepción á esa ley general, y debe, por lo mismo, estar subordinada también á la acción del contraste, que por todas partes nos ofrece la combinación de los dos grandes elementos del pensamiento humano: lo abstracto y lo concreto, la idea y el hecho, lo necesario y lo contingente.

Lo abstracto, separado de lo concreto, nos lleva á una ideología trascendental y absoluta, sin aplicación ninguna á las realidades de la vida. Lo concreto, separado de lo abstracto, nos puede conducir á un positivismo materialista y degradante, que nos aparte del derrotero de la ciencia.

La combinación racional de ambos elementos, y su mútua relación y dependencia, es el único medio de acomodar la necesidad de la idea á la contingencia de los hechos, lo absoluto de los principios á lo concreto de los sucesos: esa misma combinación también nos explica la acción trascendente de la humanidad, individual ó colectivamente tomada, en puntos determinados del tiempo y del espacio.

Ni las escuelas idealistas, ni las escuelas positivis-

tas, pueden por sí solas darse cumplida noticia de la evolución concreta de la humanidad en la historia. Aquellas se apoyan en la deducción, y estas parten de la inducción; y ni la deducción, ni la inducción, pueden separada y exclusivamente constituir la verdadera ciencia del hombre, pues que una y otra forman combinadas la eterna condición del pensamiento. Por lo que hace á la historia, la deducción nace de la inducción, y por una especie de regreso demostrativo, podemos volver de aquella á la mejor y más concienzuda apreciación de los hechos.

Es por esto precisamente que todas las ciencias deben tener su filosofía, y que la historia no debe carecer de la suya. Separar la historia de los hechos, de la filosofía de esa historia, vale tanto como autorizar al error y á la mentira á que se coloquen al lado de la verdad y de la ciencia.

Hegel y su escuela, haciendo aplicación á la historia del hombre y de la naturaleza de su vasta y profunda concepción idealista, que es uno de los más bellos monumentos del ingenio humano, llegaron á establecer como máxima, que aquella debe escribirse con sujeción al principio de la real identidad del hecho con la idea, sometiendo la experiencia sensible á la razón pura, y la observación de los fenómenos humanos, sociológicos y naturales al desarrollo de su *idea* trascendente.

Las escuelas positivistas, por el contrario, no ven más que hechos observados, fenómenos que se suceden, acontecimientos sin relación, sucesos sin dependencia; y prescinden casi por completo de la influencia que ejercen el progreso de la razón y la fecundidad de las ideas.

Ni uno ni otro sistema han podido, á causa de su exclusivismo, conducir á la verdadera y científica apreciación de los hechos de que nos da cuenta la historia, y cuya trama constituye el movimiento progresivo de la humanidad y de la ciencia.

Mr. Barthélemy no pertenece á ninguna de esas escuelas. Su sistema es un sistema de combinación de lo abstracto y de lo concreto, elementos indispensables del conocimiento científico: es un sistema de aplicación de la idea á la realidad, y de verificación de la realidad por la idea. Él observa primero los hechos, los examina con imparcial severidad, los comprueba con todo género de documentos, y los verifica con su vasta erudición: en seguida los discute y los somete á un análisis crítico y juicioso, examinándolos de nuevo á la luz que le suministran la ciencia y la filosofía de la historia.

Bajo este punto de vista es incomparable el mérito del libro de Mr. Barthélemy, y hay pocos como él que por tales causas hayan derramado mayores bienes en el mundo.

“En este tiempo de rehabilitación histórica, dice modestamente el autor, hay lugar para colocarnos á la luz del sol, y yo he sido tentado para hacerme á esa luz y gozar de sus bellos resplandores.”

Ese sol es el sol de la filosofía de la ciencia, esa luz es la luz resplandeciente del progreso.

La historia, como la religión, como la biblia, como todas las ciencias, debe colocarse, y se ha colocado ya, en el puesto que le corresponde, para disfrutar de la vida que ese sol y esa luz con abundancia le imparten en el fondo de la inteligencia y en el seno de la conciencia humana.

Mr. Barthélemy, amante sincero de la verdad y del progreso, ha ocupado también el puesto que le toca; y desde allí, con mirada escrutadora y crítica severa, ha penetrado en el caos tenebroso de los siglos, y revelado al mundo entero innumerables errores y mentiras, que pasaban por verdades, ó que desfiguraban la narración de los hechos verdaderos.

Refiriéndose especialmente á los errores históricos, que tocan más de cerca con las enseñanzas y disciplina de la iglesia, añade Mr. Barthélemy lo siguiente: “He creído deber atacar desde luego los errores y mentiras históricos más desgraciadamente populares entre todas las clases de lectores... y he encontrado mis pruebas en los autores, en donde ordinariamente menos se piensa encontrarlas, á saber, los protestantes, los filósofos y aun los ateos.”

Cosa semejante habian hecho antes otros escritores católicos, vindicando á la Iglesia de los ataques que se la dirigen en el terreno de la historia, con testimonios y documentos suministrados por sus mismos enemigos; pero nadie lo habia hecho con toda la erudición y abundancia de citas, de que usa Mr. Barthélemy.

SECCION PIADOSA.

Domingo XVII después de pentecostés.

En el evangelio de este Domingo la Iglesia nos recuerda la más sublime enseñanza del divino Redentor. Toda la moral cristiana es reducida á la observancia de dos únicos preceptos: el del amor de Dios sobre todas las cosas, y el de nuestros prójimos como á nosotros mismos y por el amor de Dios. De estos dos mandatos dependen la ley y los profetas.

“Se acercaron á Jesus los fariseos, dice el texto sagrado, y uno de ellos, que era Doctor, le preguntó: Maestro, ¿cuál es el mayor mandato de la ley? Jesus le dijo: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu inteligencia.* Este es el primero y más grande de los mandamientos. El segundo es parecido al anterior: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo.*”

Todas las naciones y países, así antiguos como modernos, han escrito y escriben sus leyes en abultados volúmenes, han legislado y legislan todos los años, y todos los días del año, para el gobierno de sociedades particulares, limitadas en su duración por el tiempo, y en su localidad por puntos determinados del globo; y aun así, todo ese cúmulo de leyes, que constantemente se renuevan, son insuficientes para procurar la felicidad de los pueblos, y dar completa garantía á los derechos naturales y civiles de los hombres.

La ley de Dios, por el contrario, que gobierna todo el universo sin limitación de tiempo ni de lugares, que se acomoda á todos los hombres y á todas sus condiciones naturales ó sociales, y que somete á su dulce imperio no solo las voluntades, sino también los corazones y las inteligencias, apenas se comprende y encierra en los diez mandamientos del Decálogo, y aun estos mandamientos se reducen rigurosamente á dos, que son la caridad para con Dios, y la caridad para con el prójimo y para con nosotros mismos por el amor de Dios.

Es uno mismo el precepto con que se nos manda amar á nuestros semejantes y amarnos á nosotros mismos. Y aun el precepto de la caridad universal, como enseña Santo Tomás, es uno solo, aunque con dos objetos diferentes: Dios y el hombre.

La caridad, en efecto, es un mandamiento divino y es una virtud sobrenatural.

Como mandamiento, es el primero de todos los mandamientos, la base y el fundamento de todos ellos, el admirable resumen de toda ley, la fuente inagotable de toda perfección, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia.

Como virtud, es también la primera y la más excelsa de todas las virtudes, el origen fecundo de toda

grandeza humana, el término objetivo de todas nuestras aspiraciones y del estado sobrenatural de nuestro ser.

La caridad divina es ley y virtud para el alma, porque al mismo tiempo es su perfección y su regla, su término y su punto de partida, el bello ideal de su felicidad, y el más precioso ornamento que la ennoblece y engalana.

De la caridad vienen la dicha y la ventura para el hombre, el orden y la perfección para la familia, la paz y la estabilidad para las naciones.

"Amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos y por el amor sobrenatural de Dios," es la eterna y suprema ley, de que dimana toda felicidad en el cielo y en la tierra: de allí mismo nacen también todas las demás leyes y reglas que gobiernan y dirigen los destinos del hombre y de la sociedad.

La caridad es un *precepto nuevo* para el hombre, porque fué Jesucristo quien primero le enseñó al mundo, y le puso por base de su moral y de su doctrina.

La antigua sabiduría humana agotó sus fuerzas en buscar el origen y la fuente de la felicidad, y apenas pudo llegar á descubrir algunos vislumbres de esa moral eterna, que dirige las conciencias y hace la perfección de los hombres y de las sociedades, en los destellos de una razón divina oscurecida y extraviada por las pasiones humanas.

Quien cumple con el precepto de la caridad, cumple con toda ley divina y humana, de naturaleza y de gracia, porque en el hombre es inseparable la condición natural de su ser, del estado sobrenatural, á que fué elevado por Dios desde el primer momento de su creación.

Solo Jesucristo, restaurador de la humanidad, ha podido restablecer esa caridad divina que nos ha traído como *precepto nuevo*, para regenerar nuestras almas, y hacernos capaces de toda perfección y grandeza.

Separar el orden natural del orden sobrenatural en el hombre, es cegar la fuente de toda felicidad y bienestar en la conciencia, en la sociedad y en la familia.

Tal es el profundo significado de la enseñanza evangélica, que la Iglesia nos recuerda en este día.

Esa sola máxima ha trasformado el universo, ha renovado la faz de la tierra, ha cambiado todos los sistemas morales, ha dado nuevas direcciones á las ideas, ha regenerado las familias, ha fortalecido los vínculos sociales, y ha dado impulso, estabilidad y consistencia á las aspiraciones y elementos de la moderna civilización cristiana.

La caridad! Esta palabra mágica encierra todo un mundo de ideas y de principios, de goces y de delicias, de revoluciones y de cambios, de nuevas y sábias direcciones en la inteligencia, y de afectos nobles, grandes y generosos en la voluntad y el corazón.

HISTORIA PATRIA.

ESTUDIO HISTORICO

SOBRE LA ERECCIÓN DE LA MITRA DEL SALVADOR.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO TERCERO.

ESTADO POLITICO DE LA PROVINCIA DEL SALVADOR, DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XIX, HASTA SU INDEPENDENCIA EN 1821.

ARTÍCULO CUARTO.

Pacificación del Salvador: Influencia de los Misioneros: nuevas causas de descontento: curso á las Cor-

tes de España para la erección del Obispado: descontento general: movimiento de 1814, y prisión de sus jefes.

La noticia de lo ocurrido en San Salvador llegó muy pronto á Guatemala, y fué acogida con aplauso casi general.

Esto, junto con la importancia de aquella provincia y la de sus caudillos, hizo que el Gobierno, prescindiendo de todo medio de rigor y de castigo, adoptase solo los de benignidad, persuasión y pacificación.

Siguiendo esta iniciativa, todas las primeras autoridades de Guatemala se pusieron de acuerdo para cooperar en su línea á esta obra.

El Capitán General invistió con amplísimos poderes al Sr. Coronel Don José de Aycinena, quien, al mando de su tropa y con el carácter de Intendente de la Provincia, fué enviado al Salvador para su pacificación.

El Noble Ayuntamiento de Guatemala contaba entre sus miembros y tenía á su cabeza un hombre de raro mérito, que á su grande ilustración reunía la prudencia y la suavidad de su carácter. Era el Sr. Don José María Peynado, Regidor y Decano de aquella corporación, que no vaciló en privarse de él, para enviarlo á San Salvador, á fin de que se ocupase en tan importante arreglo.

El Ilmo. Sr. Arzobispo dispuso que, junto con los misioneros que iban á predicar anualmente, fuese en aquella ocasión el R. P. Fray José Mariano Vidaurre, Guardian de los Recoletos, quien, por su elocuencia y sus virtudes, era muy competente para calmar las pasiones populares.

"El 3 de Diciembre, dice Marure, del mismo año, hizo el Sr. Aycinena su entrada á San Salvador en medio de las aclamaciones del pueblo. Su presencia y la del Sr. Peynado, que poco después le sucedió en el mando, y las exhortaciones de los misioneros, fueron bastante para calmar los síntomas revolucionarios; la benignidad con que se trató á los autores de la insurrección y una amnistía, concedida en favor de todos los culpados, dieron la última mano á la pacificación de aquella provincia."

El Sr. Aycinena se retiró pronto con su fuerza, y el gobierno del Sr. Peynado, tan benéfico á esta Provincia que por muchos años conservó viva su memoria, logró con sabias disposiciones restablecer el orden y la tranquilidad.

Los empleados españoles que no tenían popularidad, fueron quitados y sustituidos por otros: se derogaron algunas disposiciones gravosas, y se dieron otras favorables á los intereses locales.

A ninguno de los caudillos persiguió, ni se molestó en lo más pequeño: al contrario, les concedió toda clase de garantías y aun los trató con las mejores consideraciones. La amplia amnistía comprendió á todos los que habían tomado parte en la revolución; exceptuando solo á los reos de delitos comunes, los cuales debían ser juzgados conforme á las leyes, por las autoridades ordinarias.

Los misioneros á su vez contribuyeron eficazmente á calmar los ánimos, predicando en la Capital y en las poblaciones la fraternidad evangélica, que solda las divisiones y desvanecer los rencores.

Una circunstancia inesperada vino á favorecer sus trabajos apostólicos.

En aquellos días murió en Guatemala el muy ilustre Sr. Dr. Don Isidro de Sicilia, Dean de la Santa Iglesia Catedral, Provisor y Vicario General del Obispado.

Este sabio y Santo Sacerdote había sido durante 20 años Cura propio de Parroquia de San Salvador, Vicario de la Provincia y de la de San Vicente, y se había captado de tal modo el amor y veneración de

este pueblo, que lo respetaba como á un Santo y lo amaba como á un Padre. Obligado por la obediencia dejó su amada parroquia, para ir á ocupar las primeras Dignidades de la Diócesis, á donde lo llamaban sus méritos.

Como las predicaciones más importantes de este Pastor se dirigieron siempre á la unión y fraternidad de su rebaño, la noticia de su muerte avivó el recuerdo de sus enseñanzas. El año de 12 se le hicieron solemnes y generales exequias en la Provincia; y el P. Vidaurre, en la magnífica oración fúnebre que pronunció en la Iglesia Parroquial de San Salvador, y que fué impresa después en Guatemala, supo recordar con éxito inmenso las virtudes del Sr. Sicilia y sus sabias doctrinas, infringidas en las actuales circunstancias.

Las otras poblaciones que habían sufrido más á consecuencia de la revolución, fueron también las más atendidas por los misioneros; de modo que las divisiones que había entre pueblo y pueblo, y los partidos que dividían una misma población, desaparecieron á la influencia de la religión y del Evangelio.

La pacificación del Salvador hubiera sido completa, si las insurrecciones de Granada y de otras poblaciones de Nicaragua no hubieran mantenido la exaltación de los ánimos. Los procedimientos ilegales y el terrible rigor con que fueron tratados los principales comprometidos en ellas, lo mismo que los que formaban la conjuración de Belén descubierta poco después, irritó á todos lejos de atemorizarlos.

Además la mitra del Dr. Delgado, que ejercía tan funesta influencia en los asuntos del Salvador, recibió el año de 12 un nuevo golpe.

La actitud imponente que el Salvador había tomado en la revolución, y la general persuasión de que su fin principal era la erección del nuevo Obispado, resolvieron á la Corte de España á ocuparse seriamente de este asunto.

El 3 de Junio de 1812 la Corona dirigió una Real Cédula al Capitán General de Guatemala, para que se procediese á la formación del expediente de erección y á acumular los datos, informes y diligencias previas.

El Capitán General Bustamante, sea que no creyese oportuno tramitarla, acabando de pasar una insurrección que aún no estaba completamente pacificada; sea que dicho documento dejase traslucir que las pretensiones personales del Dr. Delgado no eran apoyadas por el Rey, lo cierto es que esta Real Cédula quedó enteramente reservada en la Capitanía General, y en un secreto tal, que el mismo Señor Arzobispo no tuvo noticia de ella, como lo declaró en su informe de 19 de Diciembre de 1820.

El mismo mes de Junio del año de 12 la Regencia de España, al ser informada de lo ocurrido en San Salvador, premió á las capitales de los tres partidos que se negaron á tomar parte en la insurrección, elevándolas un grado más en la categoría de las poblaciones; á la ciudad de San Miguel le acordó el título de *Muy Noble y Muy Leal Ciudad*; á la villa de San Vicente, condecoró con el título de *Ciudad*, y al pueblo de Santa Ana lo elevó al rango de *Villa*.

La Regencia honró también por el mismo decreto á los tres Vicarios provinciales rivales del Dr. Delgado, al Dr. Barrueta Vicario de San Miguel, al Dr. Molina Vicario de San Vicente, y al Dr. Cárcamo Vicario de Santa Ana, con el título de *Canónigos honorarios de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Guatemala*; y aunque este decreto en su segunda parte fué derogado por las Cortes el 15 de Julio del mismo año, en ambos recibieron explícitos testimo-

nios del aprecio del Soberano. (I)

Fácilmente se concibe que dichas disposiciones, que tanto humillaban á la Capital del Salvador, cuanto más exaltaban á sus antagonistas las capitales de los tres partidos, no fueron bien recibidas por los caudillos de la Independencia. Con igual facilidad se concibe, que el Dr. Delgado conoció mejor las dificultades para obtener la Mitra y la facilidad de que pasase á alguno de los otros tres Vicarios, si se prolongaba por más tiempo la dominación española y la dependencia de Guatemala. Esto lo estimuló á que ensayase otros medios, que le parecieron entonces más adecuados á la realización de sus deseos.

El ciudadano Don José Ignacio Ávila, fué electo diputado por la provincia de San Salvador á las Cortes de España en el año siguiente de 1813, y pidió directamente y con formal iniciativa la erección del Obispado.

La *Memoria de la Capitanía general de Guatemala*, que el Presbítero Dr. Don Mariano Mendez, Diputado por Sonsonate á las Cortes de 1821 dice: *En 1813, el Diputado á Cortes por esta Provincia (la de San Salvador) solicitó que se erigiese el Obispado.* Y en otro lugar dice: *“En los expedientes de erección de los Obispos de Cartago, San Salvador y Quezaltenango, que promovieron los Diputados de estas Provincias en las Cortes de 1813, se verán por menor las razones fundamentales que prueban la necesidad de Obispos: estas existen, apesar de haberse quedado en trámites tan justa solicitud.*

También el Ayuntamiento de San Salvador, tanto en una representación que hizo el 4 de Julio del año de 13, como en otro escrito de la misma fecha y año, virtió varias especias en que se ponía en duda la autoridad del Señor Arzobispo, y se le suponía *tener ménos derechos á reclamos*, por no haber aun recibido sus bulas y palio arzobispal.

De este modo el Dr. Delgado se unía cada vez más y más con los principales caudillos de la emancipación, y su mitra se identificaba más con la causa de la independencia nacional, que, al impulso de mil circunstancias favorables, crecía y se vigorizaba rápidamente en todo Centro-América.

Los odiosos procedimientos del Gobierno de Guatemala contra las personas más notables de Nicaragua, de Honduras y aún de Guatemala, complicadas en la independencia, á las que muy lejos de tratar con la misma benignidad con que trató á las del Salvador, les hizo sentir estrechas prisiones, largos ostracismos y aún amenazó con la muerte, conmovieron á todo el partido, excitando su aversión al régimen peninsular y su deseo por la libertad.

El General D. Manuel José Arce y Don Manuel Rodríguez creyeron poder aprovechar ese descontento

(I) El Decreto de las Cortes, revocatorio en parte del de la Regencia, es como sigue:

“Señor Secretario del Despacho de Gracia y Justicia. Excelentísimo Señor:

Las Cortes generales y extraordinarias, enteradas por el papel del antecesor de V. E., fecha 18 de Junio último, de que la Regencia del Reino, en atención á los singulares servicios de la Ciudad de San Miguel, Villa de San Vicente y pueblo de Santa Ana, en el Reino de Guatemala, había acordado los títulos á la primera de MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD, á la segunda el de CIUDAD, y al tercero el de VILLA; é igualmente, y por la misma causa, á los Curas Párrocos de estos pueblos los honores de *Canónigos* de la Metropolitana de Guatemala; se han servido autorizar á Su A. para que pueda conceder á los pueblos expresados las enunciadas gracias, libres de todo servicio; exceptuando los honores de *Canónigos* á los mencionados Párrocos; y han resuelto que S. A. conceda á estos cualquiera otro premio que esté en sus facultades, á que los mismos se hayan hecho acreedores. De orden de S. M. lo comunicamos á V. E. para inteligencia de la Regencia y su cumplimiento.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cádiz 15 de Julio de 1812.

Josef de Torres y Machy
Diputado Secretario.

Manuel de Llano
Diputado Secretario.

to general en la Capital del Salvador, para excitar una reacción. En 1814 se pusieron de acuerdo con el valiente barrio del Calvario, para hacer un movimiento que los hiciese dueños de la Ciudad.

Pero fueron descubiertos sus planes y reprimidos sus esfuerzos; y los dos ilustres caudillos, habiendo sido capturados con otras personas, fueron llevados á Guatemala, donde sufrieron una estrecha prisión que duró cinco años.

CRONICA INTERIOR.

Discursos sobre la Independencia nacional.

Hemos leído los que pronunciaron el Señor Dr. Don Manuel Bértis el 14 de Setiembre en el Palacio Municipal, y el Señor Dr. Don Manuel Herrera el 15 en el Palacio Nacional.

El primero desarrolló esta importante tésis: "*La educación del Pueblo es la sólida base en que descansa la libertad de la patria.*"

Del fondo de ese asunto ha sacado consecuencias prácticas, ha hecho observaciones juiciosas y ha propuesto iniciativas útiles, que el entusiasmo del orador y la hermosura de su estilo revisten de nuevo interés.

En el segundo Discurso, cuyo mérito no negamos, hemos tenido la pena de encontrar apreciaciones desfavorables al Catolicismo y al Sacerdocio católico, que no se concilian con la historia de nuestra patria.

Porque precisamente todos los grandes acontecimientos que el orador ha recordado y elogiado, ó están caracterizados con el sello del Catolicismo, ó fueron ejecutados por individuos del Clero que censura.

En efecto, grande fué el descubrimiento de América: pero su inspiración fué encontrada en las revelaciones de la fé católica; el objeto que alentó á Colón fué un grande acto de caridad católica y los esfuerzos con que lo consiguió, nacieron de sus heróicas virtudes católicas, que lo han hecho acreedor á que la Iglesia se ocupe de su *beatificación* y colocación sobre los altares.

Grande fué la redención de la clase indígena, á la que el abuso de un poder, tiránicamente había relegado á la clase de los irracionales, sin derechos, sin libertad, sin propiedad: pero el redentor de esa casta y el rehabilitador de aquellos derechos, no fué otro más que un Sacerdote, el ilustre *Fray Bartolomé de las Casas*, hijo de la Orden dominicana, cuyos conventos se trata de deprimir.

Grande fué el primer grito de libertad que resonó por toda la nueva España; pero el robusto pecho de donde salió esa voz, era de un Sacerdote, el *Padre Hidalgo, Cura de Dolores*.

Grande fué la independencia de Centro-América: pero ella se debe á la iniciativa y á la acción de dos Sacerdotes Salvadoreños, individuos de la Diputación Provincial de Guatemala: *el Dr. Cañas* que aconsejó el procedimiento que debía seguirse, y *el Dr. Delgado* que preparó las circunstancias que la facilitaron.

Heróicas fueron las luchas del Pueblo Salvadoreño en los años de 22 y 23, por sostener su libertad contra la dominación Mejicana; pero fué un Sacerdote, el Presbítero *Dr. Delgado* quien sostenía su entusiasmo, y gestionaba sus legítimos derechos.

Grande fué la libertad que se dió á los esclavos en el primer Congreso de 1823; pero la iniciativa de esa ley es debida á un ilustre Sacerdote Salvadoreño, al Señor Presbítero *Dr. Don Simeón Cañas*, que anciano, enfermo y casi agonizante, se hizo conducir á la Asamblea, para proponer la ley, sostenerla en la discusión y ceder todas sus dietas, para que sirvieran de base al fondo, con que debía comprarse la argolla del esclavo.

Sería largo recorrer las páginas gloriosas de nuestra patria historia; pero sería imposible encontrar una sola, que no estuviera brillantada con el espíritu santísimo de esa Religión que se critica, ni esmaltada con el nombre ilustre de alguno de los individuos de ese Clero que se deprime.

"**La Fortuna.**" Este periódico, que bien puede considerarse como hijo de la Caridad, puesto que recibió su sér del deseo de mejorar la condición de los enfermos del Hospital y de los huerfanos del Hospicio, ha venido creciendo y desarrollándose con robusta vitalidad.

Al principio sus dimensiones eran muy pequeñas, ahora es un extenso periódico: al principio se ocupaba solo de los intereses materiales de aquellos establecimientos, ahora trata de los intereses de la humanidad, principalmente de los que se relacionan con la salud y con la vida.

En su último número se presenta al público elevado á más alta zona, y dominando más amplios espacios, para ofrecerle sus estudios y esfuerzos acerca de *los intereses sociales, tremolando el estandarte de la caridad, del orden, de la moralidad, de la justicia, de la piedad, del patriotismo y demás elevados sentimientos que ennoblecen al hombre.*

Nos es muy grato dar á "La Fortuna" nuestra enhorabuena por este nuevo programa, tan digno de la prensa culta, tan benéfico á la patria, y tan honroso para quien se esfuerza en realizarle.

Correspondemos gustosos al saludo que dirige á la prensa al ocupar su nueva posición, y le deseamos en ella muchos y muy espléndidos triunfos.

El Señor Dr. Don Manuel Bértis se ha hecho acreedor á la gratitud y aprecio de esta Capital, por el interés y solícito afán con que ha cumplido la importante misión que le confiara el Supremo Gobierno, de atender al aseo é higiene de la población, amenazada por la fiebre amarilla.

Hemos visto al Señor Bértis ir personalmente á los lugares donde era más necesario, atravesar la Ciudad á todas horas, presenciar los trabajos de sus operarios, hasta conseguir la limpieza de la Ciudad.

Aunque creemos que la verdadera satisfacción de un empleado público se encuentra en el testimonio interior de su conciencia, que le asegura haber cumplido con su deber, no debemos dispensarnos por eso de tributar la justa alabanza, á que es acreedor el que se sacrifica por el bien de los demás y por alejar de su patria los males que le amenazan.

El Señor Gobernador Bértis debe escuchar la doble aprobación que dan á su conducta oficial, la voz de su conciencia y la voz del público reconocido.

El Cólera Morbus. "*La Voz del Nuevo Mundo,*" nos habla del reciente aparecimiento en el Japón y en la China, de este azote con que la Divina Providencia suele flagelar de tiempo en tiempo al género humano.

De él copiamos los siguientes dos tristes partes telegráficas.

"**Japón.**—*Madrid, Agosto 29.* Un cablegrama de Yokohama dice, que en esta Ciudad se han visto 775 casos de cólera morbus en dos días, de los que 572 fueron fatales; y que en Tokio, de 80 personas atacadas, murieron 50.

"**China.**—*Hong Kong, Agosto 27.* Un telegrama de las Islas Filipinas anuncia que el cólera morbus hace allí muchas víctimas: en una sola provincia han muerto 4,000 personas."

El mismo periódico nos dá otra noticia muy agradable.

"*Monseñor Fehan, Arzobispo de Chicao, fué agraciado por Su Santidad el Papa con la púrpura cardinalicia.*"

Muy agradable es, en efecto, para todo católico, ver que la gran nación de los Estados Unidos, donde

se extiende tan rápidamente el Catolicismo, y que con tanta nobleza ha brindado su hospitalidad al Romano Pontífice y á los Sacerdotes expulsos de algunos países católico-liberales, recibe de la Santa Sede testimonios tan explícitos de gratitud y de aprecio.

SECCION DE VARIEDADES.

Nuestra Señora de la Merced.

I.—*La vuelta del cruzado.*

Al declinar el día, cuando las brumas comienzan á reunirse en los valles, un caballero, después de seguir por algún tiempo las costas del Mediterráneo, se internó por entre quebradas profundas, cuyas cimas cubrían espesos pinares.

Bien conocíanse en el ginete así como en su corcel las señales de un viaje largo y penoso; pero formaban contraste el raído vestido y las armas enmohecidas, con el rostro joven y risueño del solitario viajero.

Sus ojos se fijaban con placer en todos los objetos que le rodeaban, como si en cada uno de ellos con vivo interés reconociese algún amigo, que arrancase una sonrisa á los labios ó hiciese temblar en los ojos una lágrima de ternura.

Fiel vasallo del Rey San Luis, hábale seguido para luchar contra los infieles; y después de un largo y duro cautiverio en poder de un Emir de Egipto, volvía por fin, atravesando los mares, á las playas queridas de la Provenza, creyendo que el amor de sus padres le esperaba.

Pobre en verdad venía el caballero, sin más riqueza que su buena espada; cansado iba y falto de fuerzas por las largas jornadas y las mal cerradas heridas; pero alentaban su espíritu la abundancia de la casa paterna, el amor de su padre, la tierna solicitud de una madre y una hermana.

Soltó rienda á su cabalgadura; y pronto vió el caballero entre las sombras, que ya por el valle se extendían, las altas torres del castillo de Elvaz, y su corazón palpité de alegría.

Pero ¿por qué se ven oscuras las ventanas? ¿por qué reina el silencio en la muralla?

—Ah! dijo el joven para sí, sin duda están en el salón del Norte: mi padre estará jugando al ajedrez con el capellán; y mi madre y mi hermana ocupadas en la rueca. Pronto me oirán.

Diciendo esto, tomó el cuerno que llevaba al cinto, y le hizo resonar con las bien conocidas notas, que anunciaban su vuelta de la caza.

Nadie respondió.

Lleno de inquietud, se adelanta: ve corrido el puente levadizo; lo atraviesa, y no encuentra bajo las bóvedas ni servidores ni soldados. Grita, y el eco solo le responde; sale al patio, y no halla más que oscuridad y silencio.

—¡Santo Dios! ¿qué ha sucedido?

La luna en aquel momento, luchando con las espesas nubes que la envolvían, derramó un torrente de luz sobre el castillo. Miró Berenguer á su alrededor, y dióle un vuelco el corazón, sobrecojido de secreto espanto. Sus ojos no alcanzaban á ver sino ruinas: los techos habían desaparecido: los cristales y las colgaduras habían sido arrancados de las ventanas: los montones de escombros se alzaban por todas partes, divisándose aquí y allá algún fragmento de labrados muebles, costosas armaduras, sellados pergaminos. El incendio y el saqueo habían pasado por allí.

Fuera de sí ante este espectáculo de desolación, saltó Berenguer del caballo y se introdujo por una despedazada ventana en la armería, donde tantas veces había recibido de su padre lecciones en el manejo de las armas.

—¡Padre! ¡padre! ¿dónde estais? ¡Madre mía! ¡Alicia!

—¿Quién vá? replicó una voz, que parecía salir de uno de los rincones de aquella vasta y tenebrosa estancia.

Lanzóse Berenguer hacia el lugar de donde salía el sonido, y en la oscuridad tropezó con un hombre cubierto de pieles de cabra.

—¿Quién eres? gritó el caballero; y arrastró al desconocido hasta la ventana por donde penetraba la luna. Miráronse los dos con terror; y el de las pieles se arrojó á los pies de Berenguer gritando:

—¿Sois vos, señor? ¿vos con vida? ¿Y no me conocéis? ¿no conocéis á Jaime, el cabrero?

—Sí, bien me acuerdo... pero habla... ¿qué significa esto? Mi padre, mi madre, mi hermana, ¿donde están?... habla por Dios.

El hombre dió un paso atrás, y clavando en el joven una mirada azorada, exclamó:

—¡Muertos! asesinados por Juan de Melfort, el enemigo de vuestra casa! Se creyó que habiais muerto de vuestras heridas en Mansura: Melfort, envalentonado con esta noticia, cayó como el rayo sobre nosotros. Vuestro padre fué muerto defendiendo á su hija... vuestra hermana sucumbió atravezada por un dardo... y vuestra venerable madre murió de pesar... El castillo fué saqueado, y los cuerpos de las víctimas hubieran quedado insepultos, si de esta buena obra no se encargáran los monjes de San Benito. En cuanto á mí, diéronme por muerto; pero recobré de mis heridas, y he seguido habitando con la manada en el lugar en que me crié. Nunca dí crédito á la noticia de vuestra muerte: os esperaba... tenía algo más que deciros....

—Habla, dijo el joven con ansiedad.

—Juan de Melfort tiene un castillo,.... una mujer y una hija... La venganza es dulce.

II.—*Pedro Nolasco.*

Al amanecer de un hermoso día, y por el sendero al castillo de Elvaz, iba un hombre cubierto de una túnica blanca, sobre la cual se destacaba un escapulario bordado de rojo y oro. Cuando hubo llegado á los muros, tendió los ojos por las rotas almenas y dijo para sí:

—Entremos en la capilla á rezar junto á las abandonadas tumbas.

Al llegar al patio, vió con asombro á un joven, que reclinado en la muralla, tenía fijos los melancólicos ojos en el estrago que el sitio representaba. Movido á compasión, acercóse el religioso.

—Hijo mío, le dijo, ¿qué haceis sólo en estos lugares desiertos? No existen ya los señores de este castillo... pero estais pálido y triste. ¿Qué os aqueja? decid. Si teneis hambre, higos y pan traigo en mi alforja; y si por acaso teneis alguna dolencia, sabed que algo entiendo del arte de curar.

Mientras el religioso de esta manera hablaba, alzó Berenguer lentamente la cabeza, y con una voz que por fría y tranquila parecía como el grito de la desesperación, dijo:

—Soy Berenguer de Elvaz.

—¿Será posible! exclamó el del hábito blanco. ¡Ay y qué grandes son las pruebas á que la voluntad de Dios ha querido someteros! El os dará también la fé y la fortaleza para resistirlas. Pero ¿á qué permanecer en estos lugares? Parientes teneis y deudos, que se regocijarán con vuestra venida. Ruégoos de todas veras, que dejéis este lugar donde todo aumenta vuestra pena.

—Nunca saldré de este castillo, respondió el joven con animo resuelto.

El religioso, aunque no eran muchos sus años, bien conocía los más ocultos pliegues del corazón humano. No se le escondía que la serena frente y la plácida sonrisa cubren á veces las más amargas y violentas intenciones, como el volcán oculta bajo la nieve, el fuego devorador de sus entrañas. Así fué que, fijando en los de Berenguer sus ojos penetrantes, habló así con calma y firmeza.

—Hijo mío, no es un pesar lo que en medio de estas ruinas abrigais en el pecho; es una venganza; y antes que en la suerte de vuestro padre, pensais en Juan de Melfort.

—¡Y qué! si cobro esa deuda de sangre, ¿no tengo un justo derecho?

—*Mia es la venganza; yo pagaré,* dice el Señor. No usurpeis, desventurado joven, los derechos de Dios ni robeis al pecador, con una muerte violenta y prematura, el día del arrepentimiento que el Señor le tenga reservado. Os digo en nombre de ese mismo Dios,

que ha de ser vuestro juez, que no está la venganza en vuestras manos. Su voz también es la que os dice: *Por la paciencia, volverá tu espíritu á la calma.* Levando la desolación al hogar de vuestro enemigo, ¿veréis acaso el vuestro reconstruido? Si hundís la espada en el seno de su madre y de su hija, ¿volverán á la vida las prendas que perdisteis? y cuando tengais sobre la conciencia el peso que á él oprime, ¿la sentireis tranquila?

—Padre, interrumpió Berenguer, sois hombre de paz: no podeis comprenderme.

—Antes que vistiera este hábito, cubrí como vos mi cuerpo con la armadura, calcé la espuela de caballero, y llevé al combate la furia de las pasiones mundanas. Os habla quien con sus manos ha tocado la gloria de los hombres; y en verdad os digo, que si nuestra obcecación nos ofrece en la venganza valor y gloria, es mucho más noble y generoso el perdón que triunfa, no del enemigo postrado á nuestras plantas, sino del tremendo choque de las pasiones que batallan en nuestro corazón.

—No es posible, padre, que vos veais lo que por mí pasa. Dejadme.

—No, hermano mío, no he de dejaros; porque no es la hora de la desesperación la que resuelve con justicia. Dios ha encaminado á este lugar mis pasos, y nada hace en vano su Providencia divina.

—Y ¿sabeis vos, gritó Berenguer con impaciencia, vos, que me pedis perdón como un cobarde, sabeis todo el mal que ese hombre me ha hecho? ¿Sabeis que después de dos años de duro cautiverio, volvía yo con el corazón saltando de gozo y esperanza, ansiando por las caricias de los míos? ¿Sabeis que, en lugar del hogar paterno, hallé tres tumbas? Vengó él en esta indefensa familia antiguos agravios, y ¿no le devolveré yo golpe por golpe, tormento por tormento? Toda la noche pasé junto á los abandonados sepulcros que encierran lo que más amaba; y oía sin cesar voces amigas que me gritaban: “¡Hierro y venganza!” . . . y así será ¡¡hierro y venganza!!

—La pena turba vuestra razón: yo conocí bien á los que lamentais. Era vuestro padre un hombre justo; vuestra madre, noble y piadosa; y un angel de inocencia vuestra hermana. Ellos ruegan en la mansión de los Santos por el matador, y piden para él, no la tea de la venganza, sino el tesoro inagotable de la caridad. ¡Oh almas bienaventuradas! ved aquí, que en tanto que vosotras respirais perdón y ansiáis la gloria eterna para el enemigo, el que fué objeto de vuestro amor no puede comprenderos!

—Vuestras palabras, dijo Berenguer, son dardos que me hieren; pero vuestra voz es amiga.

—Ah! no lo dudeis, hermano mío: ese hondo pesar que me habeis confiado, nos une para siempre. En nombre de esa amistad que por vos siento, hacedme una gracia. No lejos de aquí está nuestro monasterio: dignaos aceptar su hospitalidad: allí hallareis padre y hermanos que os den la bienvenida; y en la serenidad y en el silencio, reflexionaréis cuerdamente lo que mejor os convenga. Dejad este lugar funesto, y venid á la mansión que el Señor pone en vuestro camino.

—¿Como os llamais? decidme.

—Soy un religioso de la orden de la Merced: mi nombre es Pedro Nolasco.

III.—*La hija del cautivo.*

Diez años han pasado. A las puertas de Montpellier álzase la casa de la Orden de la Merced, desde donde, como si fueran los puestos avanzados de la caridad, se lanza la bizarra caballería de la Cruz á defender la Europa contra la invasión de los Sarracenos, y también, con más heroico valor, á sacar de entre las garras de estos bárbaros las víctimas, que gimen en el fondo de las mazmorras ó en los arenales del desierto.

A este santo retiro, cuyas blancas paredes desde lejos se distinguían, encaminábase á la hora del mediodía una tierna doncella, acompañada de un joven y de un anciano escudero. Después de pasar el puente levadizo, detuviéronse junto á la torre, en que ondeaba el blanco estandarte de la Orden: allí hablaron con el centinela, que les señaló el camino de los claustros. Caballeros y Sacerdo-

tes paseaban allí, aquellos con sus mantos blancos y estos con sus hábitos del mismo color, donde en señal de afecto hacia un ilustre y poderoso protector, las armas del Rey de Aragón lucian bordadas.

Al ver á la doncella y sus compañeros, acercóse uno de los Sacerdotes, el cual, si bien no parecía contar aún muchos años, llevaba impresa en la frente la huella de profunda amargura, producida por las mal cerradas heridas del alma.

—¿Qué buscas?, dijo con voz melancólica y suave.

—Somos, respondió ella, dos desventurados huérfanos; que tal es el nombre que mejor nos cuadra, aunque padre y madre tenemos todavía; pero ¡ay! aquel es esclavo del sarraceno, y esta se consume de ansiedad y pesadumbre.

—¿Podeis decirme como cayó en poder de los bárbaros vuestro padre?

—Había ido á Barcelona á recibir una herencia, y cuando volvía á Provenza, cayeron sobre la suya las galeras de los corsarios berberiscos. Vana fué la resistencia, y los infieles se lo llevaron cautivo á Tanger, donde, sino engañan los informes que tenemos, se halla todavía. ¡Esclavo mi noble padre!

Las lágrimas y sollozos interrumpieron las palabras de la doncella.

—Tranquilizaos, hija mía, dijo el religioso; vuestro padre será rescatado.

—¡Ah! nada nos parecerá costoso para lograrlo. Mirad; aquí teneis las joyas todas de mi madre; y si más es menester, nuestras tierras empeñaremos; vasallos fieles tenemos y deudos que están prontos á contribuir para el rescate de Juan de Melfort.

—¡Juan de Melfort!—esclamó el monge, y una viva agitación se movió retratada en su rostro. Volvió con fiereza la espalda á la doncella, lanzándole una mirada de aborrecimiento; pero sus ojos se fijaron en un Crucifijo que había en el claustro y dijo:

—“Buen Dios, ¿por qué reinan todavía en mi corazón estas formidables pasiones, cuando he sido vencido por tu gracia? ¿Por qué, la voz de esta desgraciada ha hecho renacer los sentimientos de odio y venganza, que creí estaban ahogados en mi pecho para siempre?”

Con los ojos clavados en el Crucifijo, permaneció inmóvil corto espacio: luego volviéndose á los dos juvenes, les dirigió la palabra con indefinible ternura:

—Yo mismo iré en busca de vuestro padre; y si tal es la voluntad de Dios, volverá á vuestros brazos. No me olvideis en vuestras oraciones.

Pocas horas después, un monge en tren de viaje, recibía de rodillas la bendición de Pedro Nolasco, General de la Orden, el cual le abrazó diciendo:

“Ve, siervo de Cristo, sigue las huellas del Maestro; y no olvides que te obligan tus votos, á llevar tú mismo las cadenas de la esclavitud, para arrancar á un cristiano del cautiverio. El Señor te guíe, hermano Berenguer de Elvaz.”

IV.—*El rescate.*

El centinela de la torre en la abadía de San Victor, de Marcella, acaba de dar aviso de que varias naves estaban á punto de entrar en el puerto.

Semejante noticia, como es natural, atrajo al muelle un sin número de personas, que querian, ya por la figura del casco, ya por las diversas piezas de la arboladura, reconocer el nombre de las embarcaciones que se iban acercando, impelidas por el suave viento de la mañana.

Veíase entre los espectadores un grupo, que, sino tan ruidoso, demostraba igual ansiedad. Le componian una Señora cubierta con las tocas de viuda y dos juvenes de diferente sexo: á corta distancia manteníase el criado, que las acompañaba. Todos estaban suspensos, como si esperasen su vida ó su muerte, en alguna de aquellas naves que cortaban lentamente con sus quillas las serenas ondas.

Pronto los más experimentados pudieron distinguir los colores de las banderas en los mástiles de tres de las naves, que se adelantaban á las demás.

—¡Bendita sea nuestra Señora de la Guardia! exclamó un viejo piloto: esa que viene por delante es la “*Barca feliz*”, ó yo he perdido los ojos; de Palermo viene, y trae noticias del Señor de Aujou.

—Y la segunda, interrumpió otro, es la galeota "*Santa María*", que trae de Esmirna frutas y perfumes.

Las dos naves reconocidas echaron á poco el ancla en medio de las aclamaciones de la multitud. La tercera, alcanzada por el viento que acababa de inclinarse á tierra, lenta y pesadamente luchaba con las aguas que bañaban su proa.

En ella con redoblada ansiedad, se clavaron las miradas de la triste viuda, que decía dirigiéndose á sus hijos:

—“Sucedá lo que sucediere, hágase la voluntad de Dios.”

—Madre, gritó de pronto el muchacho, ¿no es aquel el Santo Estandarte? me parece verlo claramente.

Una palidez mortal cubrió las mejillas descarnadas de la enlutada Señora, y llevó la mano al corazón, temblando entre el temor y la esperanza. En aquel momento, el viento desplegó la bandera; se distinguieron claramente las armas de Aragón y la divisa: *Redemptionem misit populo mo* (dió la redención á su pueblo).

—Es la galera *San Juan Bautista*, de los religiosos de la Merced, gritó el pueblo.

—¡Será posible, gran Dios! exclamó la viuda, sin que fuesen apenas oídas sus palabras: ¡Virgen santa, no permitais que se frustren mis esperanzas!

—Madre, ¿no veis aquél sacerdote, sobre cubierta? él es, madre mía.

—Hay un cautivo á bordo, gritaba el pueblo.

¡Bendita sea nuestra Señora de la Guardia!

La enlutada mujer corrió vacilante á la orilla, sin atreverse á levantar los ojos, por no ver talvez un triste desengaño; pero los gritos de los que estaban á su alrededor la animaron, y levantó la cabeza á la sazón que ponía el pié en tierra un hombre miserablemente vestido y cargado de cadenas.

Era él, era el esposo, por tanto tiempo y con tanta ansiedad, esperado. Corrieron á sus brazos madre é hijos, y con muestras de la mayor solicitud, procuraban aflojar los hierros, que solo á causa de una promesa acababa de ponerse de nuevo el cautivo. Con los ojos llenos de lágrimas, bendijo éste á sus hijos, estrechando á la esposa contra su pecho, y luego volviéndose al religioso, que en aquel instante salía de la galera:

—Esposa mía, dijo, hijos míos, si me amais, amad y bendecid á este buen religioso, á quien debo la libertad y la vida.”

Y viendo que el monge procuraba alejarse, le tomó del brazo y continuó en voz alta:

—“Sí; él fué á buscarme en los límites del gran desierto, á donde me condujeron mis amos: allí me encontró muriendo de una enfermedad, que obligaba á todos á abandonarme. Sin que esto fuese parte á intimidarle, se constituyó mi enfermero y, con su habilidad y tiernísima solicitud, me arrancó de las garras de la muerte. Los infieles consideraron corta la suma ofrecida para mi rescate; él propuso quedarse en mi lugar; y lo hubiera hecho, si yo tenazmente no me hubiera resistido. Todo esto hizo; y es mi voluntad que todo el que lleve el nombre de Melfort, sea adelante siervo de la Santa Orden de la Merced.”

Al concluir estas palabras, abrióse paso entre las gentes un hombre mal envuelto en una manta de paño burdo y encarándose al cautivo.

—“¿Qué!, dijo, ¿sois vos el Señor de Melfort?... ¿Y sabéis el nombre de vuestro libertador?”

—Sé que le llaman hermano Berenguer; por este solo le conozco.

—Yo os lo diré, si me oís. Su nombre es *Berenguer, Señor de Elvaz*.

Y bañando con sus lágrimas las manos del religioso, añadió:

—¡Ah! amo mio, os he conocido.

Melfort quedó como herido de un rayo; la vista del monge le sobrecojió de espanto, como si los muertos se le hubieran puesto delante.

—Sí, él es, continuó Jaime el cabrero (pues no era otro el que tan inesperadamente tomaba parte en aquella extraña escena): ¿cómo podrían mis ojos dejar de conocerle? Yo era su vasallo, su siervo; y á él debo la liber-

tad y todo lo que poseo.

—También yo, exclamó Melfort hincando las rodillas delante de Berenguer.—Pero ¿es cierto lo que este buen hombre dice? ¿Y vos sabíais quién era yo? ¿y para salvar mi vida, pusisteis la vuestra en inminente riesgo?

—No os arrodilleis ante un pecador, hermano mio, dijo Berenguer, alzando del suelo al caballero: olvidemos lo pasado, y pidamos á Dios perdón...

—El vuestro imploro, para poder esperar que Dios me concederá el suyo... ¡ah! desde el día que, movido por el espíritu de venganza, puse mis manos sangrientas sobre vuestra familia, no ha habido para mí noche tranquila, ni prosperidad gustosa. No me negueis el perdón que os pido.

—Sean estos brazos la prenda de mi amistad, dijo Berenguer, estrechando entre los suyos al enemigo eterno de su raza; y ahora vamos al altar, donde voy á ofrecer la víctima adorable, y recibir los dones de la misericordia divina.

Seguidos del cabrero y de la multitud, encamináronse á la Capilla de Nuestra Señora de la Guardia.

Al pié de la imagen milagrosa, colocó el cautivo sus cadenas; las cuales, según una antigua usanza, reemplazaron unos niños con guirnaldas de flores.

La Misa empezó, y en ella Berenguer de Elváz, el amigo y discípulo de Pedro Nolasco, sacrificó para siempre al pié del altar la memoria de la antigua enemistad.

Él mismo puso en los labios de Melfort la sagrada Hostia; y aquellos hombres, que debían odiarse para siempre, salieron del templo unidos por los lazos de la caridad más ardiente. —(De la *Revista Popular*).

Una buena lección.

Un religioso franciscano viajaba casualmente con dos médicos jóvenes, en un carruaje de posta.

Estos se pusieron á hablar de materias de religión, y dijeron cuanto disparate se puede imaginar.

El religioso, que los había escuchado sin decir palabra, introdujo hábilmente la conversación en materias de medicina; y habló de una manera tan ridícula acerca de enfermedades y de remedios, que los médicos no pudieron menos que echar á reír.

—Señores, les dijo el religioso después, *así, ó algo peor, habeis hablado vosotros de religión. Yo he querido haceros ver, que nunca nos hacemos más ridículos, que cuando nos ponemos á hablar de materias que no conocemos. En cosas de religión, más que en ninguna otra, el que habla con ignorancia, se expone á decir muchos errores y ridículas necedades.*

Esta pequeña lección confundió á los dos jóvenes médicos, y fueron más circunspectos en lo restante del viaje.

De "El Centinela Católico" de Méjico.

Prodigios de la fé protestante.

Un ministro protestante, Pastor de un pueblo cercano á Maguncia, fué llamado para llevar el *pan consagrado* á un enfermo del cólera: pero, no atreviéndose á ir personalmente, llamó á su criado y le mandó que fuese á la casa del enfermo y le mostrase solamente de lejos el pan, diciéndole:

—“*Creed firmemente, y es lo mismo que si lo hubierais recibido.*”

Así lo hizo exactamente el criado.

Algunos dias después el Pastor supo que el enfermo había sanado, y se dirigió á su casa, para pedirle la retribución ordinaria.

El convaleciente metió inmediatamente la mano al bolsillo y sacó un puñado de monedas.

El Pastor alargó ávidamente la mano para recibirlas; pero el otro retiró la suya diciéndole:

—“*Creed firmemente, Señor, y es lo mismo que si las hubieseis recibido.*”

El Pastor se despidió, lleno de confusión y de vergüenza.

La *Revista Popular*.

IMPRENTA DE "EL COMETA," PLAZA DE SAN JOSÉ.